

# Apuntes sobre la guerra “asimétrica”

*Alberto Piris*

*General de Artillería en la reserva*



El fenómeno de la guerra presenta, ya desde muy antiguo, tantos rostros distintos que ha hecho necesario completar su descripción recurriendo al uso de muy diversos vocablos determinantes. Así pues, se habla de la guerra total, la guerra relámpago, la de guerrillas, la guerra colonial, la pequeña guerra, la guerra nuclear, etc. Una recopilación explicada de los calificativos dados a la guerra sólo durante el siglo XX ocuparía un buen número de páginas en este texto, aunque apenas contribuiría en nada a aclarar el concepto general de la guerra.

## Los factores de la asimetría

Recientemente ha cobrado popularidad la denominación de guerra “asimétrica”, que dentro de la obligada indefinición del término pretende caracterizar las acciones de guerra que están teniendo lugar en Afganistán, Irak o Palestina, por citar solo unos ejemplos de actualidad. Por “asimetría” se entiende la diferencia entre los bandos enfrentados, que por un lado implican a potentes ejércitos pertenecientes a países industrializados y desarrollados y, por el otro, a grupos armados, generalmente peor dotados de medios materiales, y a los que se suele denominar terroristas, guerrilleros, insurgentes o resistentes, porque también en este caso es amplia la variedad de nombres utilizados para referirse a las entidades armadas de naturaleza irregular, de muy larga tradición en la Historia de la Guerra.

Es asimétrica del todo la guerra que enfrenta tanques y piedras - como las llamadas “Intifadas”- y en este caso la asimetría concierne específicamente a los medios con los que se aplica la violencia. Porque también existe asimetría cuando los combatientes de un bando creen estar actuando en nombre de un dios y los del otro solo lo hacen por motivos terrenales o intereses políticos concretos. Incluso cabe imaginar una “asimetría del odio”, cuando los beligerantes de un bando y los del otro no comparten la misma intensidad de odio al enemigo, lo que produce una especial modulación en el modo de hacer la guerra. Este tipo de asimetría ha caracterizado, sobre todo, las guerras coloniales y las de independencia frente a las potencias colonizadoras.

Por último, aunque sin agotar esta cuestión, la asimetría puede también referirse a los fines últimos del conflicto bélico. No es lo mismo aspirar a crear un califato que se extienda desde Indonesia hasta Al Andalus, como propugna Al Qaeda, que limitarse a obtener la victoria en una guerra concreta y recoger los beneficios inmediatos del triunfo, sean políticos, económicos, territoriales o de otro tipo.

## La guerra contra el terrorismo

La más conocida guerra asimétrica de la actualidad es la que ha sido definida como “Guerra Universal contra el Terror” (GUT) por el gobierno de Estados Unidos. Aunque hay que forzar mucho la validez de la palabra guerra (del mismo modo que habría que hacerlo si se tratara de hablar de guerra contra el narcotráfico, la prostitución internacional, la explotación infantil o el sida), la obcecada insistencia de la política exterior de Estados Unidos y la inercia de los medios de comunicación han acabado por dar sentido real a la GUT, a pesar de

*La más conocida guerra asimétrica de la actualidad es la que ha sido definida como “guerra universal contra el terror” (GUT) por el gobierno de Estados Unidos*

que ni es guerra, ni puede ser universal, ni puede acabar con el terrorismo, como veremos a lo largo de este artículo.

Este es, pues, el ejemplo mas paradigmático de guerra asimétrica, ya que enfrenta a los órganos del Estado monopolizadores de la violencia legal con unos grupos armados difusos, móviles, sin asentamiento fijo, que un día operan en un país y pronto desaparecen para iniciar su actuación en otro, muy elusivos y de imposible erradicación total. Grupos que, incluso, anidan en el propio corazón de los países empeñados en la GUT. Esto es así, porque en la estrategia que se pretende seguir contra ellos solo se trata de destruirlos, sin eliminar las causas que sustentan su actividad ni conocer exactamente el arraigo con que cuentan entre la población local.

Mientras el negocio de la droga o la explotación infantil o femenina sigan siendo orígenes de ingentes beneficios económicos para quienes los manipulan, exterminado mediante la violencia el actual grupo delincuente responsable del negocio en cuestión, otro u otros estarán ya en espera, en reserva en la línea de salida, aprendida la lección y asimilados nuevos métodos y procedimientos de mayor resistencia u opacidad, para relevar a los previamente aniquilados. Lo mismo se puede decir de la lucha contra el terrorismo, y más todavía si los métodos violentos utilizados para erradicar a los terroristas son, en sí mismos, como ocurre con frecuencia, semilla y criadero de nuevos grupos terroristas que se amparan en las mismas o parecidas ideas o reclamaciones que los que les precedieron. Muy a menudo, las acciones que se pretenden puramente antiterroristas están fomentando el terrorismo futuro, aun cuando reduzcan en cierto modo el terrorismo presente.

No existe imagen gráfica más clara de la guerra asimétrica contra el terrorismo que la sobradamente difundida por los medios audiovisuales de una patrulla de soldados estadounidenses, armados hasta los dientes con los más modernos equipos de combate, diurno y nocturno, penetrando por la fuerza en una vivienda iraquí, a la búsqueda de presuntos terroristas, mientras mujeres y niños gritan de espanto en un rincón de la habitación que está siendo registrada con violencia, destruyendo las humildes pertenencias de la familia. Si el miedo y la frustración han hecho presa, además, en los soldados que irrumpen en el lugar –como no es extraño que ocurra en un ambiente de gran tensión, donde cada minuto está en juego la propia vida de cada combatiente–, los actos de violencia ejercidos contra la población civil inerte, además de reflejar patéticamente la esencia de la guerra asimétrica, son factores generadores de nuevos terroristas futuros, fruto de la humillación y el resentimiento creados por la violencia ciega y asimétrica del hecho.

### Aumentando la asimetría

Los mandos militares de Estados Unidos han reconocido recientemente, por vez primera, que el conflicto iraquí (y por extensión, el de Afganistán) no tiene solución exclusivamente militar. Han comenzado a propugnar el desarrollo de conversaciones con otros países vecinos, con las que se proponen desactivar, en cierto modo, la virulencia del activismo terrorista. La cuestión tiene enorme interés porque, además de mostrar claramente el fracaso de la opción puramente militar, obliga a considerar interlocutores válidos, para Estados Unidos y otras potencias occidentales, a los dirigentes políticos de ciertos países a los que sistemáticamente se ha venido acusando de apoyar el terrorismo armado y a los que se ha pretendido calificar como proscritos de la comunidad internacional.

Es evidente el hecho de que el envío de nuevas unidades militares, para aumentar la presencia física de los soldados en zonas peligrosas, solo contribuirá a incrementar la asimetría de la guerra. Como consecuencia de un despliegue militar de mayor envergadura, podrán morir más terroristas en un mismo plazo de tiempo, y podrá reducirse la proporción numérica entre población civil y soldados ocupantes. Pero nada de esto contribuirá a reducir la violencia; antes bien, la mayor visibilidad de las tropas de ocupación facilitará, por un lado, las acciones ofensivas contra éstas –al aumentar el número de posibles objetivos–, y, por otro, avivará los sentimientos de los insurgentes rebeldes, cuyas filas seguramente se nutrirán de nuevos combatientes a medida que sea más notable el efecto producido por el mayor número de fuerzas ocupantes, con las inevitables secuelas negativas que esto implica: registros, controles, violencia, detenciones, humillaciones, etc.

No puede negarse que la radicalización de base cultural –principalmente religiosa– está hoy en la base de algunos conflictos llamados asimétricos. Ninguna escuela estratégica ni academia militar puede idear tácticas o estrategias eficaces, ni la más avanzada industria militar puede proyectar y construir armas o instrumentos apropiados, para combatir a quien cree que tiene a la divinidad a su lado, divinidad que además le promete un paraíso inmediato si muere voluntariamente con las armas en la mano combatiendo al infiel. Un ejército de suicidas, enfrentándose a un ejército regular es, quizá, el más notable paradigma de una guerra asimétrica que ningún país civilizado y desarrollado puede nunca ganar.

*La radicalización de base cultural, principalmente religiosa, está hoy en la base de algunos conflictos llamados asimétricos*

## Los diversos planos de la guerra

Desde siempre, la guerra tiene lugar simultáneamente en varios planos superpuestos. Mientras los soldados luchan sobre el terreno, es muy probable que los diplomáticos estén manteniendo contactos reservados con vistas a obtener, por otros conductos, los objetivos que la política se propone obtener con la guerra, y a la vez, se producen otras actividades políticas, económicas e incluso culturales o psicológicas, que se armonizan con la acción puramente armada con vistas a alcanzar objetivos coherentes entre sí. En eso consiste la sinergia de la guerra.

Una guerra solo se gana cuando la acción combinada en todos esos planos, distintos pero coordinados, hace desistir al enemigo de continuar su actividad, bien por aniquilación física de sus medios, bien por llegar a entender que sus propios intereses se verán mejor atendidos por otras vías distintas a la de la guerra.

En este ámbito conceptual influye con fuerza la idea de la multiculturalidad. Las guerras que pueden ganarse o perderse tienen lugar entre culturas compatibles, que comparten lo que se entiende por victoria o derrota. El Reino Unido puede derrotar a Argentina y mantener su soberanía sobre las islas Malvinas tras la rendición de los defensores del archipiélago. Pero ningún general occidental podrá firmar sobre la cubierta de un portaaviones la rendición de Al Qaeda y el cese de las hostilidades de sus terroristas. Desde el momento en que la llegada al paraíso de un combatiente suicida signifique para él, el colmo de la victoria, no hay posibilidad de considerar la guerra desde perspectivas más o menos análogas entre ambos bandos enfrentados.

Es incluso concebible que un dirigente de una organización terrorista (sea el IRA o ETA) se sienta a negociar con representantes del gobierno al que ataca, y alcanzar los términos de un acuerdo que ponga fin a la violencia armada, como ha ocurrido en Irlanda del Norte y puede suceder en España con ETA. Ello es así porque, a pesar de la abismal diferencia de criterios y métodos operativos entre un gobierno democrático y una organización terrorista, existen factores suficientes para poder construir acuerdos que hagan innecesario el uso de la violencia para alcanzar fines políticos, si éstos pueden entrar en el libre juego de una democracia.

## ¿Puede ganarse la guerra asimétrica contra el terror?

Pero frente a unos grupos fanatizados por una causa religiosa, como los que se basan en el islamismo radical, donde no tienen cabida las ideas ni los procedimientos democráticos, y donde el gobierno de los pueblos no corresponde a éstos ni a sus representantes elegidos, sino a un dios políticamente irresponsable, que se manifiesta a través de unos viejos textos de dudoso origen, anclados en siglos pasados, y que interpretan clérigos que solo responden ante su divinidad, no hay puntos de contacto suficientes para establecer las líneas generales de un fin dialogado del conflicto bélico.

La guerra asimétrica contra el terrorismo, por tanto, no tiene fin visible. No puede ganarse, pero tampoco el terrorismo islamista dispone de medios para imponer sus fines de modo definitivo. Sus victorias son limitadas y carecerán siempre de resultados positivos. Pueden destruir las Torres Gemelas neoyorquinas, pero no por eso se tambalea la civilización occidental. Pueden sembrar el caos en la red madrileña de trenes de cercanías, pero no destruyen la democracia española ni hacen a los españoles abdicar de su culto a la libertad y a los derechos humanos.

Un inciso: la situación de crisis política y crispación electoral que los atentados de Madrid produjeron en España no se deben tanto al terrorismo como a la inmadurez de la política española y a la falta de tradición democrática de un pueblo –el español– que apenas ha podido vivir libre y democráticamente durante unos pocos años en la milenaria historia de nuestro país.

## Conclusión

El forcejeo de los países occidentales contra el terrorismo de raíz islámica se prevé duradero. Forzosamente tendrá lugar también en los otros planos de la guerra, antes citados, que no son el del combate armado. En ellos será donde, alguna vez, podrán darse los pasos necesarios para resolver este enconado conflicto. Entre estos, probablemente el más definitivo haya de ser el de una gradual separación entre los poderes religioso y político en el mundo islámico, por difícil o casi imposible que hoy pueda parecer esto. Solo un movimiento de “ilustración” en la cultura musulmana, que nazca en su mismo seno, que en ella se desarrolle y que sea protagonizado por figuras destacadas de dicha cultura y no impuesto desde el exterior, podrá dar los primeros pasos para que la guerra asimétrica contra el terrorismo islámico alcance algún día las condiciones necesarias para su final.